

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

Para Pamplona: Un mes, 1'25 Pts.; trimestre, 3'50; semestre, 6'75; año, 12'50.  
Fuera de Pamplona: Trimestre, 4 pesetas; semestre, 7'50; año, 14.  
Extranjero: Trimestre, 15; semestre, 25.  
El pago será adelantado

# El Eco de Navarra

**PRECIOS DE INSERCIÓN**

Anuncios en primera plana, 1 peseta línea; anuncios oficiales en segunda plana, 0'50; reclamos, 0'25; anuncios preferentes tercera plana, 0'15; anuncios cuarta plana, 0'07 línea sencilla.  
Esquelas mortuorias, según muestrario

La no devolución del periódico por los suscriptores de fuera de la capital, indica que continúa el abono.

Diario independiente \* Dos ediciones  
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Redacción, Administración e Imprenta: Paseo de Valencia, 36 y calle de San Gregorio, 25, bajos.

## Viernes Santo de 1904

### EL PASMO DE SICILIA

¡Hele ahí! El dulcísimo Hijo de la Virgen, Mesías prometido, Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y que, saturada el alma de oprobios, extenuado el cuerpo por martirios inenarrables, con estrépito de armas y soldados, rodeado de bárbaros sayones y seguido de turbas despiadadas, enloquecidas por furor deicida, con vacilantes pasos va atravesando la áspera calle de las Amarguras, y aunque abrumado por pesada cruz, tan pesada como todos los crímenes de la tierra, aún encuentra en los anchísimos senos de su corazón divino palabras de altísima enseñanza, sentimientos de amor y de consuelo enviados en dulcísima mirada á las piadosas hijas de Jerusalén que, aterradas ante el espectáculo de la inocencia escarnecida y pisoteada, oprimido el corazón por ahogadora angustia, derraman lágrimas, amargas como las heces del llanto, á la vista de aquel «varón de dolores» á quien días antes la ciudad regocijada había recibido entre vitores y palmas.

«No lloréis sobre mí; llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, pues vendrá un tiempo en que se dirá: ¡Felices las estériles y las entrañas que no concibieron y los pechos que no han dado de mamar! Entonces se dirá á los montes: ¡Caed sobre nosotros!, y á las colinas: ¡Cubridnos! Pues si así se trata á la madera verde, ¿qué será con la seca?»

¡Grandiosa escena, situación admirable! Ninguna más á propósito para arrebatarse y encender la inspiración del pueblo cristiano. No es, sin embargo, «El pasmo de Sicilia» el mejor cuadro del pintor de Urbino, y á pesar de las maravillas de arte que en él se admiran, de la acertada disposición de las figuras, de su mo-

la sobria pluma del Evangelista.

En este caso, como en casi todos aquellos en que las artes tratan de representar en una ú otra forma al divino Jesús, la interpretación artística queda siempre muy por bajo de la grandeza del asunto; es un ideal

Cierto que en todos los órdenes de la manifestación de la belleza por el arte poseen los pueblos civilizados y conservan como inapreciables tesoros, joyas artísticas de admirable perfección; pero no es menos cierto que de estas maravillas, las nacidas al calor de

elemento de educación y cultura, como lo es, al contrario, de inmoralidad y perversión el arte que, buscando su inspiración entre el cieno de la tierra, viste y adorna á la bestia humana con las galas y hermosuras que sólo corresponden al hombre, el cual, aunque

### DOBLE MARTIRIO

En los momentos de supremas angustias, de íntimos y secretos dolores que clavan y penetran el alma con fuerza mayor que una espada el cuerpo humano, torna el creyente sus ojos casi despavoridos por la desesperación al Mártir sublime del Gólgota, á la expiatoria víctima por el Eterno para calmar las iras engendradas por el hombre, en lucha con su Dios; al gran varón que supo de dolores y entendió de enfermedades, en frase de Isaías; al que tiene en sí el bálsamo de toda pena y remedio de todos los infortunios; al que purifica y ennoblece el dolor con la dulce esperanza de eternos galardones. Y en esta escuela de la infelicidad, que llaman vida, no es pequeña ciencia aprender á padecer por el único que sabe premiar el padecimiento. A ello contribuye la consideración de lo mucho que padeció por nosotros el que estuvo exento de toda mancha y pecado, el que cargó con nuestras ignominias y afrentas lavándolas en el Jordán de su sangre.

«Quien jamás fué tentado, nihil scit, nada sabe.» Por eso Dios quiso que su adorable Hijo, al tomar el velo de nuestra naturaleza, fuese el primer y más instruido Maestro en la ciencia del dolor, enseñándonos á padecer y sublimando en sí nuestras dolencias.

En estos días en que las lúgubres escenas del Calvario nos recuerdan aquella copiosa redención que nos trajo la libertad verdadera del espíritu, nos esforzamos en buscar imágenes y comparaciones que den á entender, aunque de lejos, los horribles tormentos del gran Martir de la humanidad; pero son muy pocos los que se fijan en otro martirio más hondo y penetrante, en la tragedia del alma de Nuestro Señor Jesucristo, drama incruento que los ojos de la carne no ven y que sólo el amor comprende. Porque si, al decir de los místicos, más contristó á Jesús la traición y pérdida de Judas que el dolor originado por los tormentos de los sayones, ¿cuánto no padecería en su interior al considerar, pendiente del árbol de la Cruz, que para muchos sería estéril aquella su sangre con tanta abundancia derramada? El amor divino que abrasaba su corazón fué su mayor verdugo. Martirio sin azotes, sin cruz, ni clavos ni tenazas, pero lleno del acibar y vna gre que sólo el espíritu paladea. Si en la Cruz tuvo sed, fué la sed de nuestra salvación. Si en aquel tálamo, adornado con flores de eterna primavera enrojecidas con su sangre, celebró su desposorio con toda la Humanidad fué para que el alma, sumamitis del verdadero Salomón, comprendiera el valor de aquellas arras compradas á costa de tantos trabajos, y que ella no olvidase en sus enfermedades y en las tribulaciones internas de esta vida que también Jesucristo sufrió por nosotros dos martirios: el del cuerpo y el del alma.

¡Pero desgraciado el que no piensa en ninguno de los dos!

FR. MANUEL F. MIGUELEZ.

Escorial.

### A LA CRUZ

• Arbol donde el cielo quiso  
Dar el fruto verdadero  
Contra el bocado primero;  
Flor del nuevo paraíso,  
Arco de luz, cuyo aviso  
En piélago más profundo  
La paz publicó del mundo;  
Planta hermosa, fértil vid,  
Arpa del nuevo David,  
Tabla de Moisés segundo:  
Pecador soy, tus favores  
Pido por justicia yo;  
Pues Dios en ti padeció  
Sólo por los pecadores;  
A mí me debes tus lores;  
Que por mí sólo muriera  
Dios, si más mundo no hubiera,  
Luego eres tú, Cruz, por mí,  
Que Dios no muriera en tí,  
Si yo pecador no fuera.

(CALDERON)



Encuentro de Jesús con su Madre cuando le conducian al Calvario

CUADRO CÉLEBRE DE RAFAEL DE URBINO, LLAMADO VULGARMENTE

### EL PASMO DE SICILIA

vimiento y de la fuerza de expresión que anima el rostro y actitud de las principales, cuando se reflexiona sobre el texto evangélico, es forzoso apartar la vista del cuadro, para que la grandiosa escena recobre á los ojos del espíritu todo el interés y grandeza con que la admiramos dibujada por

tan alto, que resulta inaccesible aun para los más audaces vuelos del genio del arte. Así y todo, es inmensa la gratitud que deben las bellas artes al ideal religioso; él ha inspirado cuanto en la esfera artística brilla con los resplandores y el sello imborrable de obra del genio.

la inspiración religiosa son las que en el cielo espléndido del arte brillan como estrellas fijas y astros de primera magnitud. El solo intento de encarnar en forma artística los puros ideales del orden sobrenatural y religioso, levanta y ennoblece la inspiración; por eso el arte religioso es siempre eficaz

imagen de Dios y nacido para inmortales destinos, necesita, para no sucumbir el peso de la materia, que la religión y el arte hagan resonar en sus oídos el alentador ¡¡Excelsior!!

FRAY FRANCISCO JAVIER,  
Obispo de Jaca.

Sentencia contra Jesús (1)

En el año 19 de Tiberio Cesar, emperador romano de todo el mundo, monarca invencible; en la Olimpiada 131, y en la Biblia 24, y de la creación del mundo, según el número y computación de los hebreos, cuatro mil ciento ochenta y siete, de la progenie del romano imperio, el año 73, y de la liberación de la servidumbre de Babilonia el año 1207, siendo gobernador de Judea Quinto Servalio, y del regimiento y gobierno de Jerusalén presidente grafitimo Poncio Pilato; regente de la hija Galilea Herodes Antipa; pontífice del sumo sacerdocio Calías, Ahi; Almad y Maqui, del templo de Robán, Anohabel, Franchino Centur, consules romanos, y la ciudad de Jerusalén, Quinto Cornelio Sublime y S. xio Pomilio Rusto; en el mes de Marzo el día veinte y cinco de él.

Yo Poncio Pilato, aquí presidente del imperio romano, dentro del palacio de la archi-residencia, juzgo, condeno y sentencio a muerte a Jesús, llamado de la plebe Cristo Nazareno, y de patria galilea: hombre sedicido o de la ley moisés, contrario al grande emperador Tiberio Cesar. Determino y pronuncio por ésta que su muerte sea en cruz, fijado con clavos, a usanza de reos, porque aquí, congregando y juntando muchos hombres ricos y pobres, no ha cesado de primaver tumultos por toda la Judea, haciéndose hijo de Dios, rey de Israel, por amenazarle con la ruina de Jerusalén y del sacro templo, negando el templo a Cesar habiendo tenido aún el atrevimiento de entrar con ramos y triunfo y con la parte de la plebe dentro de la ciudad de Jerusalén y en el sacro templo. Y mando que se lleve por la ciudad de Jerusalén a Jesucristo, ligado y coronado de algunas espigas, con la propia cruz en los hombros, para que sea ejemplo de todos los malhechores y con él sean llevados dos ladrones homicidas, y saldrán por la puerta Yagarda, ahora Antolanz, y que se lleve a Jesús al monte de justicia, llamado Calvario, donde crucificado y muerto quede el cuerpo en la cruz, como espectáculo a todos los malhechores, y sobre la cruz sea puesto el título en tres lenguas, hebraica, griega y latina: Jesus Nazareno, Rex judaeorum. Mando al mismo que ninguno de cualquier estado o calidad que sea, se atreva temerariamente a impedir la tal justicia, por mi merced, administrada y ejecutada con todo rigor, según los decretos y leyes romanas y hebreas, so pena de rebelión al imperio romano.

Testigos de nuestra sentencia.—Por la sede tribus de Israel: Rabban Danie; Rabbin Josimir; Bombar Barbatú, Lobi, Petenani.—Por los fariseos: Rallá, Simón, Ronoi, Rsbbitir, Mondam, Ronoufosi.—Por los hebreos: Nitanbete.—Por el imperio y presidente de Roma: Lucio Sextulio, Amaseo Chilic.

EN LA CALLE DE LA AMARGURA

Pues como Pilatos viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santo Cordero para empujar el furor de los enemigos, entró en el pretorio y sentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya a las puertas aparejada la cruz, y se estaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dade, puse ye, y promúgala la sentencia cruce, añaden sus enemigos una crueldad a otra, que fue cargar sobre aquellas espaldas tan molidas y despedazadas con los azotes, el madero de la cruz. No hubo con todo esto el piadoso Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecadores, sino antes la abrazó con sumercaridad y obediencia por nuestro amor; y así camina su camino como otro verdadero Isaac con la leña a los hombros al lugar del sacrificio. Repartida va la carga entre los dos: el hijo lleva la leña y el cuerpo que ha de ser crucificado, y el padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar, porque el fuego del amor de los hombres y el cuchillo de la divina justicia pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del padre, pidiendo cada una su derecho. El amor decía que perdonase

Hijo, dándole deseo de ver las fuerzas que el dolor le quitaba. O, desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente y el clamor de los pregones con que los iba pragonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabadas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo; y guiarla sin otra guía. Acérase más y más a su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura.

Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbres del cielo una a otra y atraviéndose los corazones con los ojos y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar más al corazón de la Virgen; hablaba el afecto natural del Hijo ducisimo y le decía: ¿Para qué viniste aquí paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mio y tus tormentos atormentan a mi. Valíste, madre mía, vete a tu posada que no pertenezco a tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quieres así hacer, tempérase ha el dolor de ambos y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues a ti no pertenece este oficio y tu inocencia no meceos esta tormenta. Vete, vete, puse, oh, paloma mía, al arca, hasta que ceen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descanse tus pies. Allí vacarás a la oración y contemplación acostumbrada, y allí, levantada sobre tí misma, pasarás como pudieses ese dolor.

Pues al corazón de Hijo respondió el de la santa Madre y le dijo: ¿Por qué me mandas esc, Hijo mío? ¿Por qué me mandas el jar de este lugar? Tú sabes Señor mío y Dios mío, que en resaca tuya todo me es hecho, y no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estés. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este do-

y de tierra el corazón. Acédate, Madre mía, que nací niño y desnudo, y que hoy a tus pies acudo mi nada al reconocer. Queda mi lengua irreverente cambia en himnos inmortales los énticos criminales que alzó delirando ayer. Pues mi postrera esperanza en tu noble amparo hijo, ruega por mí Madre por un hijo al Dios que engendró la luz. Y en aquel tremendo día de justicia y de espanto, que me salve a mí tan llanto al pie de la santa cruz.

JOSÉ ZORRILLA.

El Redentor en el Gólgota

Aunque exhausto de fuerzas, debido a la fuerte il gelación y atroces tormentos, sufridos desde su prendimiento, llegó el Divino Mártir a la cima del Gólgote, con la pesada Cruz sobre sus hombros. Inmediatamente tienden en ella desnudo; y clavándolo de pies y manos, levantan la Cruz; colocan la inscripción sobre la cabeza, y lo dejan hasta que muera de sus heridas.

La Cohorte romana se marcha; y los soldados que guardan al Crucificado, no pueden contener la considerable multitud que, con tanta insistencia se apaña sobre la Cruz; no, a venerar aquella hermosa figura llena de luz, de fragancia, de sentimiento, de grandeza, de magestad y de gloria; ni tampoco, a contemplar aquella veneranda imagen del sufrimiento, del tormento y del dolor; ni a admirar el filialísimo ejemplo de mansedumbre, de humildad, de abnegación, de amor y de Caridad para con todos, sin desdenar ni a sus mayores enemigos; sino a injuriarle, a dirigirle improperios y a burlarse de él.

Los principales de los sacerdotes, los ancianos y los escribas, como los demás, se burlaban también, y decían entre sí: «Si

en Jesús puestos los ojos, que las lágrimas empuñan. Oh, María Magdalena, ¡quién como tú con el alma de dolor rota en pedruzcos, de amor ardiendo en la llama! ¡quién como tú la tuviese por mil dardos traspasados, dardos que abren las heridas que bálsamo dulce manan.

Los torpes amores huyes y en divino amor te inflamas; son tu luz vidriados ojos, tu soñén manos llagadas; de labios morador, filios, pendiente «¿A tu esperanza?»

¡Dáme tu amor, Magdalena, el dolor en que te embriegas, y que mi alma, la paloma por el duelo atravesada, encuentre seguro nido de Jesús muerto en las llagas!

ANGEL ATRAIZ

EL DISCÍPULO AMADO

Judas Iscariote cometió el crimen de la más leal amistad que registraron y registrarán las historias de la humanidad: Cristo, todo bondad y mansedumbre, le abre las puertas del arrepentimiento; pero el traidor rehuye los caminos de la misericordia, deja que el remordimiento se convierta en desesperación, y abandona la escena de esta vida ahorcándose en un árbol, y vomita allí sus negras entrañas.

Pedro, tan valiente y decidido, entra en el lugar de tentación, fiado en sus propias fuerzas que terminan por abandonarle, haciéndole caer su figura en la triple negación: Cristo le mira, y esta sola frase, porque los ojos también tienen su lenguaje, lleva a su corazón el arrepentimiento sincero, y él se retira para llorar con amargura las propias miserias.

Los demás Apóstoles huyen desamporados cuando los sucesos del Huerto de los Olivos y se esconden: Cristo queda solo.

Pero cuando mayores son los dolores del Hombre-Dios, cuando el desamparo va a batir sus alas cerca de Jesús en la cumbre del Monte Santo de la Crucifixión, aparece el Apóstol del Amor: el amado Juan.

¡Cuán cierto es que el amor calla y obra! No hay que temer ni que huya, ni que niegue a su Maestro: allí, al lado de la Reina de los Mártires, no puede experimentar miedo que le haga alejarse y esconderse; en compañía de la Madre del Amor hermo, sabrá, si es preciso, confesar los leños de amor y gratitud que le unen al que pende del sacratísimo leño.

En la noche de la Cena memorable, Juan mereció el honor de posar su cabeza sobre el pecho de Jesús, y pudo entonces comprender sublimes misterios que a los otros quedaban ocultos: acude al Calvario, porque Dios se lo manda, para representar un papel importante en aquel lugar venerando, al tiempo que el Redentor se prepara a morir.

Ya está la Cruz levantada, ya enarbolan también la de los dos ladrones que determinaron los judíos, para mayor escarnio, colocar a los lados de Cristo, sin entender que así llenaban una profecía: Y fue reputado como los malhechores y entre ellos colocado. Juan, el Discípulo predilecto, formando un grupo con la Virgen Madre y las piadosas mujeres, contempla a su Maestro, oye su testamento amoroso y escucha a la vez las horribles blasfemias de los escribas y fariseos, las maldiciones del populacho y las saqueadas palabrotas y ciatribas de la soldadesca: su corazón padece por modo indecible.

En los momentos más angustiosos, el Discípulo fiel y constante en el amor, ve que los ojos nublados del Salvador se dirigen a la Madre Dolorosa y después a él, y escucha, con admiración, aquellas palabras propias del Dios-Hombre y que constituyen uno de los más heroicos sacrificios de Jesús, a la par que significan la última expresión de sus amores por el hombre que redime.

—¡Mujer! He ahí a tu Hijo,—dice a María, señalando a Juan. Premio sobran al amor de Juan, que oye de nuevo la solemnísimas voz del Redentor, que mirándole con fijiza, dice mostrándole a la Virgen, su Madre: —He ahí tu Madre.

Juan, representándonos a todos en aquel momento solemnísimos, recibe y acepta a María por Madre suya; y la Virgen Santa nos acepta, a la vez, a todos por hijos suyos en la persona de Juan.

¡Cuanto pudiéramos escribir sobre esta materia que no fueron capaces de agotar los ingenios más preclaros de los Padres y Doctores de la Iglesia!

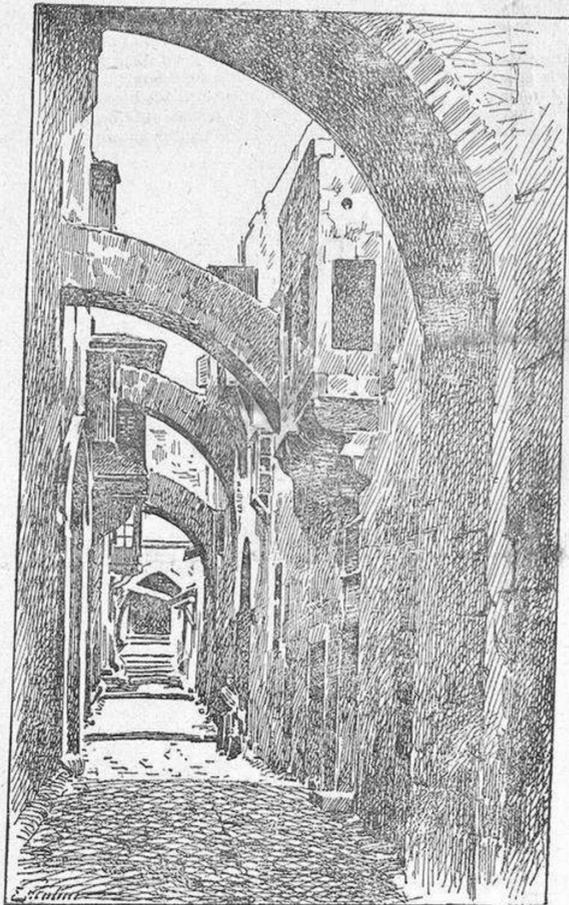
Cristo queda ya por nosotros en el abandono más completo que imaginarse puede y lo quedaba que darnos más que su Madre y se desprende de ella totalmente dándonosla a nosotros.

Juan, por su amor ferviente, es el único Apóstol que figura en el Calvario; el único que mereció recibir para costodiaria la prenda más amada de Jesús; el único que se halla digno, a los ojos de Dios, de representar al género humano, reconciliado con Dios satisfecho superabundantemente por la Redención llevada ya a su término por el Hijo Eterno, hecho hombre, según los decretos de la justicia y de la misericordia de la Augusta Trinidad.

Tal es la misión y el premio del Discípulo Amado, que no abandonó a su Maestro. VICTOR J. DE LA VEGA y DE BASCARÁN. Canónigo de Córdoba.

LA AGONIA

La tarde se oscurecía entre la una y las dos, que cuando que el sol se vistió de luto el sol. Tiébales cubren los aires, las piedras de dos en dos se rompen unas con otras, y el pecho del hombre no. No casan los seres fines de llorar con tal dolor, que los cielos y la tierra concien que muere Dios. Cuando Cristo está en la Cruz diciendo al Padre: señor, ¿por qué me has desamparado? ¡Ay Dios, qué tierna razón! ¡qué sentiría su madre cuando tal palabra oyó, viendo que su hijo dice que Dios le desamparó? No lloréis, Virgen piadosa, que aunque se va vuestro amor, antes que pasen tres días volverá a veros con vos. Pero como en las entrañas que nueve meses vivió,



LA CALLE DE LA AMARGURA

lor, que fuera de él ninguna cosa su lo perder, a ninguna parte puedo ir sin tí y de ninguna pido ni puedo recibir consolación. En tí está todo mi corazón y dentro del tú yo tengo hecha la morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿porqué no tendé yo estos tres días por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibes, ahí seré yo contigo crucificado, crucificado, y contigo sepultado, sepultado. Contigo beberé la hiel y vnsagre, y contigo pensaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré.

FRAY LUIS DE GRANADA

La Virgen al pie de la Cruz

Madre mía! Si en tu cielo se oye el murmullo mundano, y mi cántico liviano en su concave sonó; si la estéril armonía llega a tí del arpa loca, y los himnos de mi boca sacrilega murmuró: Tíendele los divinos ojos, ¡oh Madre! desde la altura, que es polvo la criatura, ci no, y nada encontraré; que en la senda de la vida, cada paso que adelanta, más débil la terpe planta se acerca a su nada más. Acédate Madre Virgen, que a en la niñ z tra: quía, por tí la clara pupila con mis lágrimas nubé; que habo un día en que, escuchando la historia de tus pesares delante de tus altares, acongojado lloré.

Oví late que, incesante, sin cesar de tus dolores, caritè profanos amores del arja úbrica al sor; acédate que, nacido de fi ca y terrenos gente, tengo de tierra la mente

eres Cristo, bají ahora de la Cruz y creemos en tí. «¡Ha salvado a los demás y no puede salvarse a sí mismo!»

Uao de los dos ladrones que a su lado se habían crucificados, también le dirigía injurias y sarcasmos y aun los soldados, se acerbaban constantemente y se burlaban del Salvador.

Jesucristo, que hasta entonces no había hablado una palabra, que todo lo sufría con tranquilidad y admirable resignación, lleno de compasión y de amor inefable, hacia el género humano, dirige humildemente sus miradas a la multitud que le insultaba con gritos, injurias é irrisiones, y abriendo sus labios, dice: «Padre mío, perdónalos que no saben lo que se hacen!»

Pero aun más; y, como si esto no fuese bastante para demostrar su gran amor y su inefable caridad, uno de los dos ladrones crucificados, iluminado y convertido de tanta bondad y tanta grandeza en Jesús; después de reprender a su compañero que todavía le seguía injuriando, dirigiéndose al Salvador, le dice: «¡Si no, acuédate de mí cuando estuvieres en tu reino!» Y entonces el Redentor, con la fuerza de su amor y de su inefable serenidad le afirma: «¡En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso!»

¡Oh! ¡Qué hermoso ejemplo el de Jesús! Qué digno es de ser imitado por el hombre!

El Rey de los reyes, en quien se halla condensada la realidad suprema; el que con su poderosa mano hace girar obedientemente al mundo todo, y el que momentos después, al exhalar su último suspiro, es llorado por la Naturaleza y todo, que humildemente se le prosterna extenuado, lo vemos aquí abrir sus labios para perdonar con toda la fuerza de su amor a todos sus enemigos, hasta los que injustamente acababan de crucificarle. ¡Grandioso ejemplo!

LEANDRO DE LA DEDICACION. Arguedas, Marzo 1904

Magdalena

Magdalena penitente a la Cruz está abrazada, de negro manto cubierta, la faz como el mármol blanca

verán que corta la muerte froto de tal bandidón. — ¡Ay hijo! la Virgen dice; ¿qué madre vil como yo tantas enjadas sangrientas traspasar su corazón? ¿Dónde está vuestra hermosura? ¿Dónde los ojos eclipsados, donde se miraba el cielo como de su mismo autor? Partamos, dulce Jesús, el cáliz de esta pasión, que vos lo bebéis de sangre y yo de pena y dolor. ¿De qué me sirvió guardaros de aquel ray que os persiguió, ni al fin os quitan la vida vuestros enemigos hoy? Esto diciendo la Virgen, Cristo el espíritu dió; alma, si no sois de piedra, llorad, pues la cruz os sois.

LOPE DE VEGA.

LA MUERTE DE JESUS

Otra cosa no le quedaba ya a Jesús que hacer, más que morir. Entó, pues, en el silencio de la agonía, y el sol se ocultó. Estas tinieblas, que comenzaron momentos después de la crucifixión y que duraron hasta que Jesús exhala el último suspiro, no eran la noche, a la manera que no eran una especie de duelo y de estupor de la naturaleza, la señal celeste que los jueces habían pedido. La vida sin comprensión del mismo modo que iban también a recibir sin comprenderlo, el signo de Jesús en su Resurrección.

Era cerca de la hora sexta, esto es, a las tres y media de la tarde, según nuestra manera de contar. A las tres, después de su pecado, oyó la voz de Dios en el jurista a la hora que la brisa se levanta después de la mitad del día. En esta misma hora el nuevo Adán, reparador de todas las cosas, saliendo de su silencio, exclamó con voz fuerte: *Eli Eli Lamma sabachthani?* (¿Dios mío Dios mío ¿por qué me hasis desamparado?) Son las primeras palabras del Salmo XXI, que profetiza la Pasión, describiendo sus principales circunstancias. Jesús las declaraba cumplidas y al mismo tiempo sometido, como hombre a la pena del abandono interior, revelaba así el más oculto y el más amargo de sus padecimientos.

Jesús, dueño de todos los accidentes de su Muerte, campó sus profecías como Profeta. Sabiendo lo que de la heregía había de inventar para negar la realidad de su sacrificio, cuidó de arreglar todas las circunstancias a fin de poner a salvo este Pan, que había de alimentar al mundo.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, todos los santos Padres que hoy salen a luz estaban ya inventados, y a ellos habían respondido los santos Padres con argumentos que conservan toda su fuerza.

«El Hijo de Dios—dice—no ha padecido en su naturaleza divina, pero como hombre ha padecido y era preciso que padeciese.»

Si después de haber vivido en la tierra hubiera desaparecido de repente, se le hubiera tomado por un fantasma. Del mismo modo que se prueba la incomcombustibilidad de un vaso sometido a la acción de las llamas y retirado intacto, del mismo modo el Hijo de Dios nos prueba que el instrumento material de que se ha servido para la Redención del género humano es a la vez real y superior a la muerte; entregándose a la muerte demuestra su humana naturaleza; resultando de su muerte, su divinidad.

Hayo este misterio para acabar con la locura que dedicaba hombres mortales, enseñando con esto que el único Dios verdadero es aquel que triunfando en la muerte, de la muerte misma la arrastra triunfante en sus trofeos. No murió por triunfar personalmente, sino para destruir la muerte del hombre; y he aquí la razón por la cual ha padecido una muerte pública y violenta.

Si en cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiese visto disolverse, parecería muy extraño que el que curaba todas las enfermedades fuese víctima de ellas. Si hubiese muerto en la soledad y después se hubiera presentado de nuevo, ¿cómo dudr de la realidad de su muerte y su Resurrección, ya que es preciso morir antes de resucitar? ¿A qué ocultar sus anuncios públicamente su Resurrección, si su muerte había de ser secreta? No quiso exigir demasiado a la fé ni dar lugar a las imposturas que los hombres no dejaban de inventar para negarse a creer.

Se dirá que hubiera debido al menos elegir una muerte gloriosa y evitar estas espantosas ignominias; ¡No! ¡No! Debi su medida a las bestias, su feut a la corona de espinas, su rostro a las salivae, su espalda a los azotes, sus pies y sus manos a los clavos, sus labios a la hiel, su costado a la lanza, todo su Cuerpo a la Cruz.

Convenía que fuesen vistas las manos que le habían tocado, o vya si que estas ignominias pudieran servir de bálsamo fortificante en lo futuro a las víctimas de la crueldad y de la justicia, convenia iluminar con resplandores las hebras del inocente y hacer conocer como un bálsamo consolador hasta en las legas marcas del culpable; era preciso que en lo sucesivo, en la profundidad de los calabozos, en la abyección de los presidios, pudiera lucir el vivificante sol de la Cruz.

L. VEUILLOT.

LA ULTIMA MIRADA

Se quiebran los pedernales, rarga su velo el santuario de dolor, y no temblan los mortales al desplomarse el Calvario de pavor. El pueblo, que levantara la cruz con decidida arde llorará, y escrita lleva en la cruz la muerte que pronto ó tarde sufrirá. No hay en el piélogo arenas que igualen sus maldiciones, ni hay un suelo, do no arrastren sus cadenas, ni compren con sus doblones el consuelo. Hoy gozan de libertad mientras el Justo se hiere con los clavos;

mañana en la eternidad serán del Justo que muere los esclavos.  
 Pero apartemos los ojos de esa raza concebida de Dios,  
 y pectémonos de hijos que está de Jesús la vida en su fin.  
 Vega errante su mirada en busca de un ser que adora... es María,  
 que en Él su vista clavada no mueve un párpado... y llora su agonía.  
 El alma tras mil graviosos gestos de amor cautiva, ve el día,  
 posó por fin en los labios y con un rayo fugitiva se voló.  
 El unívoco encendido cual téncus grino de incienso en su ardor  
 en mil nubes convertido quedó en el éter suspenso por su amor.  
 El sol helado y errante es cual lágrima que vierte el vacío,  
 y todo el mar fué un instante como llanto de tu muerte, Jesús mi!

Yo quiero hacer otro tanto que fui cual todos deicida con mi obra;  
 y lo que amarga mi llanto es que a un punto en esta vida más pecar.

P. DAULOF.  
 Pamplona 30 de Enero de 1904.

### La ley de Cristo

El Cristianismo es un Ejército. Jesucristo es su caudillo y la caridad su bandera. El Salvador la enarbola y la entregó a sus discípulos cuando pronunció en el Cenáculo aquellas sublimes palabras: «En esto conocerán que todos sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros.»

El que está, pues, con la caridad, está con Cristo y Cristo está con él; pero el que no está con la caridad, ni Cristo está con él, ni él con Cristo.

Tenedo presente todos los que peleáis denodados por el bien y por la verdad, si os falta la caridad, no combatis bajo los pliegos de la bandera cristiana, ni podréis alcanzar más triunfos que los del hombre, siempre efímeros. Podéis odiar el error, y perseguirle, y acuchillar, hasta que se confiese vencido y se entregue a discreción, ó hasta que abandone el campo y se oculte en la obscuridad. Podéis atrever el mal donde quiera que le encontreis; pintar con vivos colores su deformidad repugnante, enumerar los perjuicios que a la humanidad scarran, y presentarle como objeto de reprobación y desprecio. Matar el error es bueno; de testar el pecado es santo; pero con la condición de que amemos siempre al hombre, que, aun injusto y hasta perverso, siempre es la imagen de Dios.

Esta es la ley de la caridad, que Cristo nos enseñó. «En esto conocerán todos que somos discípulos suyos.»

EL ARZOBISPO OBISPO DE MADRID.

### LOS IMPROPERIOS

«Popule meus, quid fecit tibi...» IMPR.

«¿Qué no hice yo por mejorar tu suerte, ¡oh pueblo! que al suplicio me trajiste? ¿no te saqué del cautiverio triste? ¿en qué pude servirte y ofenderte?»

En trono de esplendor quise ponerte, y en una cruz, en cambio, me pusiste; te regé con el maná, y me diste vinagre y hiel para smargar mi muerte.

Paso en el mar te abrí para que huyeras, y con el hierro abriste mi cestado; te traje a tierra en que reinar pudieras, y de espinas mi frente has coronado.

¿Qué te hice, di, para que así me hieras? ¿En qué pude ofenderte, pueblo amado?»

RAMÓN DE SOLANO

### A la muerte de Jesús

«Y eres tú el que ve'ando La excelsa majestad en nube ardiente, Fulminaste en Siná? Y el impío bando, Que eleva contra tí la osada frente, ¿Es el que oyó medroso De tu rayo el estruendo f'agoroso? Mas ora abandonado ¡Ay! pendes sobre el Gó'gota, y al cielo Alzas gemiendo el rostro lastimado! Cubre tus bellos ojos mortal velo, Y en tu extinguida, En amargo suspiro das la vida. Así el amor lo ordena; Amor, más p'deroso que la muerte: Por él de la maldad snfre la pena El Dios de las virtudes, y el León fuerte Se creece el golpe fiero Bejo el balón de cándido cordero. ¡Oh víctima preciosa, Acto sigilo de siglos degollado! Aun no ahuyentó la noche pavorosa Por vez primera el alba nacarada, Y hostia del amor tierno, Moriste en los decretos del Eterno. ¡Ay! quien p'drá mirarte, Oh p'z, oh gloria del culpado mundo! ¿Qué pecho empuerido no se parte A go'pe acerbo del dolor profundo, Viendo que en la delicia Del gran Jehová decarga su justicia? ¿Quién echó los raudales De esas sangrientas ligas, amor mio? ¿Quién enbró tus mejillas celestiales De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío A tu frente divirga Cincó corona de purpura te espina? Cesad, cesad, crueles: A' ser perdonado, muera el salvado: Si sois de un justo Dios ministros fieles, Caisga la dura pena en el culpado; Si la impiedad os guía Y en la sangre os cebáis, verted la mia. Mas ¡ay! que eres tú solo La víctima de paz, que el hombre espera, Si del Oriente al escondido polo Un mar de sangre criminal corriera, Ante Dios irritado, No expiación, fuera pera del pecado. Que no, cuando del cielo En cólera en diluvio descendía Y a la maldad que dominaba el suelo, De a las malvadas gentes envolvía De a diestra potente Dignos Sabahot su espada ardiente. Venció la excelsa cumbre De los montes el agua vengadora: El sol, amortecido de la alba lumbre, Que el firmamento rápido colora,

Por la bóveda umbra Osal pájilo cadáver descuerra. Y no el ceño indignado De su semblante descegló el Eterno. Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado, D'mador de la muerte y del averno, Tu cólera infinita Extinguir en su sangre solicita. ¿Oyes, oyes cuál clama: Padre de amor por qué me abandonaste? Señor, extingue la funesta llama Que en tu furor al mundo decramaste: De la acerba venganza Que sufre el Justo, nazca la esperanza. ¿No veis como se apaga El rayo entre las manos del Potente? Ya de la muerte la tiniebla vaga Por el ambiente de Jesús doliente, Y su triste gemido Oye el Dios de las ras complacido. Ven, ángel de la muerte: Egrime, egrime la fulminea espada, Y el último suspiro del Dios fuerte Que la humana maldad deja expiada, Suba al sollo sagrado Do vuelva en Padre Eterno al indignado. Rompe, ch templo, tu velo. Moribundo Yace el Criador, mas la maldad aterra, Y un grito de furor lanza el profundo: Mu re... Gamid, humanos: Todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

### La procesión del Viernes Santo

EN PAMPLONA

I. Un p'quets de Guardia civil de Caballería, compuesto de un cabo y cuatro individuos, abría la marcha.

II. Abraham é Isaac.—Conmemoración del viaje de aquel patriarca al lugar en que, por obediencia al Señor, iba a sacrificarse a su hijo. Abraham, vestido con manto morado oscuro, marcha, cachillo en mano, llevando al lado a su hijo Isaac, niño de nueve años, con un hercúto de lana al hombro, vestido con túnica morada y capta blanca.

III. Grupo que representa el recibimiento triunfal hecho a nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén, pocos días antes de su Pasión. Lo componen los niños de la Casa Misericordia, con trajes de la época, llevando palmas y ramos.

XV. Grupo Alegórico, formado por el pueblo que alza una bandera con el grito: Crucifige, crucifige eum. Aproximándose al paso de Ecca-Homo, este grupo que marcha delante de él, recuerda aquellas turbas desatentadas que al exhibir Pilato a Jesús, profetizan con rabia el expresado grito. El vestuario es propio de la época. El portador de la bandera lleva capa de terciopelo verde, y los que le acompañan, túnicas de esa misma tela y mantos de color granate oscuro.

XVI. Cuarto paso.—Ecca Homo.—Pilato, acompañado de un soldado, muestra al pueblo a Jesús con corona de espinas y una caña, por ceño, en la mano derecha.

XVII. Cortejo de un subprior y dos diputados, idéntico al del párrafo IX.

XVIII. Guardia de soldados romanos, compuesta de un jefe manipulo y ocho soldados, que representan la guardia a quien encomendó Pilato la custodia de Jesús.

XIX. Los signos de la Pasión.—Grupo alegórico compuesto de alumnos del Colegio de Huarte Hermanos. Quénc de ellos conducen la bolsa de Jades, la copa, el guante, el gallo, la columna, los látigos, la caña, la jerra, la cruz y corona de espinas, los clavos, la tenaza, el martillo, la escalera, la esponja, la lanza, los dados y la túnica.

A continuación de ese grupo irá otro, dispuesto también por los señores Huarte Hermanos. Lo forman tres niños, uno de los cuales lleva en una bandeja, sobre paño de terciopelo morado, la cabeza de San Juan Bautista, y los otros dos llevan flmores. Todos irán vestidos con propiedad histórica.

Cerrando el grupo de los señores Huarte Hermanos, irán tres alumnos, que representan a un Sumo Sacerdote, a Herodes y a Caifás.

XX. La bandera ó estandarte romano llamado Vexillum con la inscripción S. P. Q. R. que en romanca significa El Senalo y el Pueblo Romano. El porta-estandarte ó Vexillario, con lazo un f'mora militar de la época, llevará a ambos lados dos legionarios trompeteros, que de trecho en trecho emitirán lúgubres sonidos en consonancia con lo pavoroso del suceso anunciado.



### EL SANTO SEPULCRO

XXI. Grupo de cantores semitonando el Credo.

XXII. Quinto paso Jesús con la cruz a cuestas, cedido en tierra y acompañado de un soldado en actitud de castigarle con el remate de su lanza.

XXIII. Cortejo de subprior y dos diputados.

XXIV. Los penitentes.—Seguirán al paso de la Cofa los penitentes, a imitación de los que, según el texto bíblico lloraban, tras de Jesús en su marcha al Calvario.

XXV. Grupo alegórico.—Las Siete Palabras.—Siete niños de los acogidos en la Casa Misericordia llevarán otros tantos faroles de forma de cruz y en cuyos lados se leerá en lengua latina cada una de las Siete Palabras que pronunciará la Cruz Nuestro Señor. Los niños vestirán túnicas moradas y coronas de espinas en la cabeza.

XXVI. El Centurion y Longinos.—El primero representa al jefe de los soldados romanos, y el segundo al soldado que dió la lanzada al Salvador.

XXVII. Sexto paso.—Jesucristo crucificado y junto a la Cruz su Madre Santísima y San Juan. Ocho Hermanos con guante negro alumbran á este paso llevando hechones en magníficos porta-cirios.

XXVIII. Cortejo de un sub prior y dos diput. dos.

XXIX. Grupo de cantores semitonando el credo.

XXX. Manipulo reformado, de legionarios romanos, precedidos de su jefe. Idéntico a los anteriores.

XXXI. Séptimo paso.—Jesucristo yacente. Le preceden, en primer término, tres parejas de magnates con túnicas blancas, y rico manto de seda encarnada con franjas de oro, y en el centro otros tres magnates con mantos de terciopelo. Los nueve son portadores de cirios en magníficos recipientes de madera tallada y vistosos platillos. ¡Sobre una elegante plataforma se levanta un cuerpo rectangular de jaspé imitado y en él descansa el cadáver desnudo sobre un sudario de talla, y velado solamente por una finísima y transparente sábana de nipsis bordada en su centro y remates en blanco. En los cuatro ángulos del cuerpo rectangular van cuatro magníficos pebeteros traídos de París, derramando luz sepulcral. Rodeando al paso, van seis magnates idénticos a los seis primeros, y alternando con ellos los gestos de duelo de esta guarindia á que corresponde dar esa escolta yendo detrás del paso el jefe de ella.

XXXII. El Centurion y la guardia pretoriana.—Aquel personaje viste túnica de lana blanca con riquísimas franjas de peluce encarnada bordada en oro; sobre la túnica, coraza y espaldar de esca-mas metálicas y una preciosa capa de terciopelo encarnado con franjas de oro; casco de metal

con elegante plumero y magníficas botas de raso encarnado con primorosos bordados de oro. A este histórico traje se agrega escudo embrazado y un brillante machete.

Tras del Centurion marchan dos porta-estandarte, con estandartes en que respectivamente aparece la inscripción S. P. Q. R. y un castillo y el águila romana; siguiendo 20 soldados con túnica blanca, capa encarnada, coraza, espaldar, casco con celada, escudo, machete, etc.

XXXIII. Duelo de honor.—Doce entuñados con hechas de cera roja, presididos por el Prior de la Hermandad que viste túnica con cauda y caperuza moradas, siendo ésta de raso.

XXXIV. Bandera del Excmo. Ayuntamiento, llevada, según es costumbre, por el Sr. Prior de la Soledad, miembro de la Corporación, como sus dos acompañantes portadores de las borlas.

XXXV. Ultimo paso.—La Soledad de María.—Hermona (figura del Ayuntamiento con manto preciosísimo de terciopelo negro bordado en oro. Doce caballeros pamploneses invitados por el Ayuntamiento, preceden á la imagen de la Soledad, alumbrándola.

XXXVI. Presidencia del venerable clero de la parroquia de San Agustín, en la cual se halla instalada la Hermandad, revestidos el párroco con capa pluvial y dos coadjutores con dalmáticas.

XXXVII. El Ayuntamiento presidiendo el acto.

XXXVIII. Escolta de infantería con música, cerrando la comitiva.

### COPLAS DEL ALMA

QUE PENA POR VER Á DIOS

Vivo sin vivir en mí,  
 Y de tal manera espero,  
 Que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,  
 Y sin Dios vivir no puedo;  
 Pues si sin él y sin mí quedo,  
 Este vivir ¿qué será?  
 Mil muertes se me hará,  
 Pues mi misma vida espero,  
 Muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo  
 Es privación de vivir;  
 Y así, es continuo morir  
 Hasta que viva contigo:  
 Oya mi Dios, lo que digo,  
 Que esta vida no la quiero,  
 Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,  
 ¿Qué vida puedo tener,  
 Sino muerte padecer,  
 La mayor que nunca ví?  
 ¿Lástima tengo de mí,  
 Pues de suerte persevero,  
 Que muero porque no muero.

El p'z que del agua sale,  
 Aún de alivio no carece;  
 Que la muerte que padece,  
 Al fin la muerte le vale;  
 ¿Qué muerte habrá que se iguale  
 A mi vivir lastimero,  
 Pues si más vivo, más muero?

Quando me empecé a aliviar  
 De verte en el sacramento,  
 Háceme más sentimiento  
 El no te poder gozar;  
 Todo es para más penar  
 Y mi mal es tan entero,  
 Que muero porque no muero.

Y si mi gozo, Señor,  
 Con esperanza de verte,  
 En ver que puedo perderte  
 Se me deba mi dolor,  
 Viviendo en tanto pavor,  
 Y esperando como espero  
 Que muero porque no muero

Sícame de aquesta muerte,  
 Mi Dios, y dame la vida;  
 No me tengas impedida  
 En este haz tan fuerte;  
 Mira que muero por verte,  
 Y de tal manera espero,  
 Que muero porque no muero.

L'oraré mi muerte ya  
 Y lamentaré mi vida  
 En tanto que detenida  
 Por mis pecados está.  
 ¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será?  
 Cuando yo diga de verco:  
 Vivo ya porque no muero.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

### Un Crucifijo al pecador

Sufre, porque yo sufrí,  
 Y cuanto advero te viene,  
 Sabe que así te conviene,  
 Porque dimana de mí.  
 Tus culpas tienenme así,  
 Tu ingratiud me enclavó,  
 Nadie como yo sufrí,  
 Y pues es para tu bien,  
 Bebe una gota por quien  
 Un cáliz por tí bebí.

### ¡Ayer y hoy!

(Esbozo)

Quando, envuelta entre el fango de la orgía, La reina de la Tierra descansaba, Cansada de gozar; cuando agitada El pecho ruin, que sin cesar latía A impulsos del placer torpe y liviano, Que sus entrañas pútridas refía; Quando plebe y nobleza Se daban, necias, la traidora mano Y en torno del becerro soberano Llamaron al escudó del belloz; Cuando Patria, y Honor, y Amor, y Leyes Eran palabras vanas, Y las bocas livianas Blasfemaban por orden de los reyes Quando todo fastin era tan so'lo Quando de polo a polo Los báquicos cantares se escuchaban, Formando estruendosa sinfonía; Quando al final de formidable orgía Las ánforas del vicio se quebraban; Quando Roma en su impudico delirio Pensó en sellar con su saliva el mundo; Quando Baco y Minerva presidían Del mundo de Nerón el desconcierto, Y los hombres gozaban y refan A la par que los vientos respondían En medio de este caos tocando á muerte; Quando Roma en el fango se agitaba, Y, al revolcar en el inmundó ceno, Mostrando su liviano seno, Por el mundo ese fango salpicaba, Entonces fué cuando Jesús, mirando De la raza de Adán la podredumbre, Al Gó'gota cubió, llegó á la cumbre, Donde el verdugo estábale esperando

Raza innob e de torpes fariseos, De malditos hipócritas, legiones, De viles y asquerosos mercaderes, Y catarvas de impúdicas mujeres, Que formaban inicuos batallones, Al grito criminal de ¡muera, muera! Escocitaban á Cristo, en cuya frente Brillaba refulgente El rayo de la luz que El mismo hiciera, Y la mano brutal de los sayones El Cuatro Santo de Jesús golpea, Y es cada queja que el Mesías lanza, Motivo de pacer y hasta de chanza De aquella vil y estúpida ralea. Y sigue el Honbre Redentor sufriendo, Y sigue aquella turba blasfemando, Y á medida que Cristo va avanzando, Más liviandad en el mortal va viendo. Luce el espacio sus brillantes galas De limpidez y sin ligu ni pureza, Ni osada nube en él bate sus alas, Ni las aves presencian tal vileza. Tan solo el sol, cual formidable hoguera, Al par que baña con su luz el mundo, Fijo en el centro del espacio brilla. El alumbró el camino del Calvario, Testigo es de la terrible escena, Pero su lumbre de venganza llena A Roma sirve de eternal sudario. Sigue entretanto por la enhiesta falda El pueblo alevé sin cesar sufriendo, Y semeja, al subir serpenteando, Legión de bienas que en la selva espesa, Contemplando la presa, Tan solo con mirarla van gozando, Y el mundo sigue en la liviana orgía, Y sigue blasfemando el vil sicario, Y sigue el Sol inciendo... Y en tanto, Cristo, sin cesar, sufriendo Se aproxima á la cresta del Calvario, Llega por fin, Su Madre Santísima Llega con Él y siente sus dolores, Y, al contemplar á la canalla altiva, La dirige mirada compasiva Que no dirigen ojos pecadores.

Ya está en la Cruz el Redentor del Mundo. Falta tan solo perforar sus carnes, Nervudo mercenario see el martillo, Y ante el Dios que le hizo, dando muestras De fuerzas que á sí mismo no se debe, A Cristo-Dios en el madero clava, Mientras la turba en su furor alaba El poder de aquel brazo torpe, alevé. Pero ¡Oh golpe fatal! El martillazo Que aquel sicario dió con mano artera, Repercutió en los ámbitos del mundo, Y haciendo trepidar toda la esfera, Hizo rodar por entre el fango inmundó A los dioses que Roma bendijera. Y al mismo tiempo el corazón del hombre Se estremeció, sintiendo el golpe rudo; Y la páldia y muda calavera Del desdichado Adán saltó en pedazos En el momento en que la puerta abrió Del Cielo eterno, donde en breve día Jesús ha de acogernos en sus brazos.

Clavado está ya Dios. La cruz alzada, Del Sol á los r'fijos, Proyecta inmensa sombra sobre el mundo. Un momento la Gran Naturaleza En silencio profundo Se queda sepultada. Lanza Cristo el suspiro postrimero, Que el viento por doquier volando lleva, Cual terrible, fantástico agorero. Del trueno se oye el estampido fiero, Y densa oscuridad al Sol reuleva. Ya del leño un cadáver cuelega solo, Ya está contenta la catarva impía, Y en su contento criminal gozando, Por la falda del monte va bajando En medio de espantosa algarabía. Omitos vósen entre la oscura niebla Allá del monte en la empinada cumbre Una cruz, un cadáver, tres mujeres Y un hombre, símbolo de Amor sublime, Y envuelta en negro manto de tiniebla, La imagen de la negra pesadumbre. Esto cortó la Redención del mundo, Y así la humana raza redimida, La cruz, emblema del dolor profundo Le abrió las puertas de la eterna Vida. Más ¡oh desdicha cruel! La vil ralea, Que á Cristo asesinó, la tierra habita Y se muere en el fango, en él palpita Y en su triste odisea Ann la falda del Gó'gota pasea Y al par blasfema cual legión precit? Ella es, ella es, nada ha cambiado. Veinte siglos después de consumado El crimen contra Dios, la raza humana, Cada vez más impura y más liviana, Del cam'no fatal no se ha apartado. Vedla girar en torno del becerro En su honor celebrando bescaneles; Vedla formar sus fílofos de hierro Y alzarlos sobre enhiestos pedestales; Vedla escupir al Cielo Pensar do que su Dios brota del suelo. Ved por doquiera seres desdichados Que, odiando á Dios, en público le ultrajan, Ved por doquiera hipócritas malvados, Que después de matarle, le amortejan; Ved en fin imperando la blasfemia, El insulto al cadáver del Calvario... ¡Ah pobre humanidad, cuando en la tumba Calgas al fin entre infernal balambú, De tus vicios envuelta en el endario, Entonces llorarás arrepentida Y á la Cruz tomarás los turbios ojos Y al Calvario sufriendo de redillas, Bssarás, anegadas las mejillas, Los Pies del Redentor en sangre rojos.

RAIMUNDO GARCIA.  
 (Garcilazo)

Con motivo de la solemnidad de hoy, no se publicará mañana este periódico.

EL LIBERTADOR

Dios envió su Hijo al mundo para que le salvase, y ese Salvador cumplió, á maravilla, su misión divina. El demonio nos tenía aprisionados p r la culpa del primer hombre y por los pecados nuestros, hasta que pagásemos la deuda merecida; que era la muerte; y Jesucristo se ofreció voluntariamente como sagrada víctima, y muriendo por nosotros, rompió las cadenas con que el demonio nos tenía cautivos y nos dió la libertad. Con su muerte triunfó del demonio y compró para nosotros la vida. Triunfó también del mundo, hollando su orgullo, sus pompas y vanidades y vistiéndose de humildad, obediencia y pobreza. Siendo Dios, se anonadó tomando la forma de siervo. para que los siervos pudieran acercarse á El y hacerse hijos de Dios. Por eso pudo presentarse en medio del pueblo cautivo y decirle: levanta tu abatida frente y respira: ya tienes libertad. Hasta ahora ibas arrastrando las cadenas del esclavo, bajo la tiranía de Lucifer, que te conducía al infierno; mas desde hoy, ahuyentando el demonio, quedas á mi lado, y en mis brazos puedes caminar seguro por la senda del cielo. Si gueme y nada temas Si me sigues no andarás en tinieblas porque soy yo la luz: si me sigues no te ext aviarás, porque yo soy el camino: si me sigues no te hará daño la muerte, porque soy la vida. Sígueme con fidelidad y pasarás sin peligro desde el desierto á la patria, desde la tierra al cielo. Si quieres prodigios que acrediten mi misión salvadora, pregunta á las criaturas, y todas te darán testimonio de mí: ellas te dirán que soy su Criador, que soy el Hijo de Dios. Te lo dirán los ángeles, que cantaron gloria á Dios en el día de mi nacimiento: y la misteriosa estrella que guió á los Magos hasta el portal de Belén. Te lo dirán los Reyes que me adoraron, y los niños que entonaron Hosanna á las puertas de Jerusalén: te lo dirá el agua convertida en vino y los panes del desierto multiplicados en mis manos: te lo dirán los enfermos que sanaron, y los tullidos que recobraron el movimiento, y los ciegos que vieron la luz y los muertos que resucitaron obedientes á mis mandatos: te lo dirán los vientos y las olas de los mares que se apaciguaron al imperio de mi voz y la tierra que se estremeció cuando sintió el peso de la cruz en que expiré; y el sol que ocultó su lumbre y se vistió de luto por mi muerte. Y sobre esos prodigios está el prodigio de mi amor: por que siendo tú enemigo de Dios, vine á buscarte para reconciliarte con él: estando tú perdido, he venido á llevarte sobre mis hombros hasta la casa del Padre celestial: y todo eso por pura caridad, por hacerte bien, por sacarte de la muerte eterna y darte la eterna vida. Y esa obra de caridad, en teramente gratuita, sin recompensa de tu parte, porque nada puedes darme, ni nada bueno tienes que sea tuyo, esa efusión generosa de mi amor me costó injurias, oprobios, desprecios, burlas, azotes, espinas, cruces y muerte entre malhechores. Me hice hombre para llevarte sobre mí, y para pagar tu deuda, y sufrir la pena que sobre tí pesaba; á fin de que tú agradecido á mi amor, te dejases conducir á tu felicidad por sendas que, si antes eran impracticables, ahora calcadas con mis plantas, y regadas con mi sangre, se han hecho para tí suaves.—Levanta, pues, tus ojos al cielo, y sígueme.

† V. SANTIAGO, OBISPO DE SANTANDER

DOLOROSA

I
¡Pobre madre! está llorando
Al pié del Santo madero:
El pueblo murmura fiero
Por la montaña girando.
Y rugen los mares profundos,
Y gitan soles y mundos
Con espanto en el vacío.
¡Pobre madre! ante los sonos
De sus dolientes afeanes,
Alzan truenos y volcanes
Sus más terribles canciones.
Y el ángel llora y se arredra;
Tiemblan los jueces inquietos,
Y se alzan los esqueletos,
Sobre sus tumbas de piedra.
Porque es tanta la aflicción
De la madre angelical,
Que llora el mismo puñal
Al romper su corazón.

II
Ella vió al hijo nacer
Sus ensueños realizando.
Ella le durmió cantando
Las endechas de placer.
Ella con ansia divina
Dejó sus plácidos lares,
Cruzó de Judá los mares,
Las cumbres de Palestina.
Y siempre, del hijo en pos,
Le siguió amante y serena
Como siguió el alma buena
La sombra santa de Dios.

III
Hoy ¡Pobre madre!... le mira
Sobre el Gólgota sangriento,
Dando suspiros al viento
Que en torno del árbol gira.
Lo mira triste, llorando
Por el pueblo su asesino:
Oye su acento divino
¡Perdón! ¡perdón! murmurando.
Ve sus sienes desgarradas
Por las espinas crueles;
Ve marcados los cordeles
En sus manos veneradas.
Y si oye de su ansia en pos
Del pueblo el acento fijo;
Ve que le matan al hijo
¡Por el crimen de ser Dios!

IV
Puro y mística szucena
Del desierto de la vida:
Lámpara siempre encendida
Para templar nuestra pena!
Celeste, cándido lirio
Por los ángeles cuidado,
Puro clavel perfumado
Con la esencia del martirio.
Yo vengo madre á besar
Las estrellas de tu manto,
Vengo á regar con mi llanto
Los mármoles del altar.

Del relámpago á la luz,
Que la tormenta anunciaba,
Yo ví á Dios que vacilaba
Bajo el peso de la cruz.
Le ví dulce ante el desdén
Del pueblo vil y asesino,
Le ví con llanto divino
Llorar por Jerusalén.
Vi su cabeza sangrienta
Tocar con la dura roca;
Vi un insulto en cada boca
Y en cada grito una afrenta.
Y al verte á su lado ir,
Dije con llanto de amor:
«Pobre esposa del dolor,
Cuánto deberás sufrir!»

Y
¡Puebló... con llanto profundo
Vé á contemplar su agonía;
Hoy es la fecha... es el día
De la redención del mundo.
Do quiera se oye el concierto
De la más honda tristeza;
¡Hasta la Naturaleza
Parece que toca á muerto!
El templo... todo es dolor,
Mucha sombra... poca luz...
Sobre el nego altar, la Cruz
Ya no tiene el Redentor!
Al pié de la Cruz, María.
Cerca el sacerdote implora;
Allá en las tinieblas llora
El órgano una armonía.
De las campanas el son
No se mezcla en el lamento
Por no turbar en el viento
Los ecos de la oración.
Y la luz que ante el altar
Mal las tinieblas resiste,
Está tan triste, tan triste,
Que no se atreve á alumbrar...
Todo es llanto y es dolor.
Mujeres, niños y ancianos
¡Venid! ¡venid! de las manos
A llorar al Redentor.
¡Venid ante el que se inmola
Por colmar nuestra alegría,
Venid á ver á María
Está sollozando y sola!
Llegad de nuestros hogares
Con ofrenda á sus dolores;
Dejad los campos sin flores
Para cubrir sus altares.
Y no deis al corazón
Hoy consuelo en su quebranto;
¡Porque será vuestro llanto
La segunda redención!

Bernardo Lopez Garcia.

LA AGONÍA

Horrible espectáculo el que son llamados á presenciar los tres Apóstoles privilegiados. En la montaña del Thabor contemplaron atónitos y deslumbrados las expresiones de la Misericordia que transfirguraba el cuerpo del Salvador envolviéndole en nubes de luz y gloria; en el monte de las Olivas, miran aterrizados las invasiones de la Justicia, que amontonando sobre la víctima adorable las iniquidades de todos, arranca lágrimas á sus ojos y gritos de angustia á su afligido corazón.

En aquel cáliz que el Padre le presenta, hierven mezclados el orgullo de Adán, el odio de Cain, el cilismo de Cham, las insouencias de Jezabel y las indignidades de Salomón. Allí se agitan en espantable consorcio la apostasía de los judíos, las blasfemias de los paganos, las orgías de Roma y las obscenidades de Grecia. Cuanto de innoble y depravado vieran los siglos, saltando como violenta tempestad, sobre la frente del Divino Mártir, le hace exclamar con suplicante acento: «Padre... alza de mi vista el cáliz de la amargura: ten piedad del Hijo de tu amor»

Todo es maravilloso y divino en la agonía de Jesús. La omnipotencia de Dios es la que abre al sufrimiento las puertas de aquel corazón inmaculado y el mismo poder divino le sostiene para que no sucumba al exceso del dolor.

El tedio, la tristeza y el temor, en triste complicación enlazados, sumen al Divino Maestro en indecible agonía y lejos de escandalizarse el alma, ante el espectáculo de un Dios que sufre y llora, encuentra en este lúgubre misterio la explicación de todos los sufrimientos de la vida, y la justificación de las lágrimas que el hombre puede derramar.

En ese cáliz de amargura que las generaciones se pasan de mano en mano, y en el que todos aplicamos nuestros labios, ¿quién no encontró el tedio y las tristezas del desaliento? ¿Quién no bebió las hieles del temor, que multiplica y prolonga nuestros males y nos atormenta, ya con el presentimiento de no alcanzar el bien que ansiamos ya con la seguridad de perder el bien que tuvimos la suerte de encontrar? Para que nada falte en el siniestro cuadro de la agonía del Hombre Dios en el Huerto, aparecen dormidos en profundo sueño los amigos del alma, los que por medio de revelaciones luminosas conocían la solemnidad de la hora, y con los labios empurpurados por la sangre del Maestro juraron hacia una hora no abandonarle nunca y hasta morir por El.

Y más allá de los Apóstoles que duermen, hay un Apóstol traidor, que recorre inquieto y agitado las calles que conducen al palacio del Gran Sacerdote. Voces misteriosas le persiguen y le atormentan como á Cain; el remordimiento parece detenerle en su marcha para que no consume el gran

misterio de la perfidia humana, y el aire arroja contra su rostro, á manera de dardos envenenados, las alusiones amorosísimas y sentidas que había hecho Jesús al celebrar con él la última cena.

¡Ah! Si en los días del infortunio no hallamos una mano conocida que estrechar... si al llamar á las puertas de la amistad, está dormida... recordemos el abandono de Getsemani, y pidamos á la Providencia Divina que aparte de nuestros labios el cáliz de la traición.

EL OBISPO DE SION.

EL ENTIERRO DE CRISTO

A los brazos de María y á su divino regazo, vienen á quitarle á Cristo los que á la cruz le quitaron. Porque en entrambos fué cierto que estuvo crucificado, en María con dolores y en la cruz con fuertes clavos. Sus camas fueron las dos, al Oriente y al ocaso; la una, para la muerte, y la otra, para el parto. Hincáronse de rodillas los venerables ancianos, á la Madre muerta en Cristo y á Cristo muerto en sus brazos. «Dadnos, le dicen, Señora, dadnos el difunto santo, que en la tierra ni en el cielo hay ojos para mirarlo. Dadnosle, pues nos le disteis, que queremos enterrarlo, para que diga la tierra que tuvo al cielo enterrado. Y porque sepan los hombres que estubo el cielo tan bajo, que ya pueden, si ellos quieren, alcanzarle con las manos.» «Tomad, responde María, Madre suya y mar de llanto, el cuerpo que entre los hombres pasó mayores trabajos. Escondedle en el sepulcro, porque le persiguen tantos, que aun allí no está seguro de que vuelvan á usarlo. Nueve meses solamente que estubo en mi virgen claustro, de la envidia de los hombres lo pude tener guardado.



ECCE-HOMO, POR GUIDO RENI

Que el Bautista que le vió lo dijo con sobresaltos, y en voz expresa después, pasados treinta y dos años. Tomad y enterrad, amigos; Las piedras sabrán guardar mejor que el pecho del hombre que lo vendió como ingrato. Mientras para su mortaja la Virgen está rasgando las telas del corazón, velo de su templo casto, cielo y tierra previnieron el triste entierro, enlutando la tierra los edificios, y el cielo los aires claros. Todas las hachas del cielo iban delante alumbrando, pero el luto de la tierra no dejaba ver sus rayos. Sol y luna sangre vistien, porque el cielo en tanto agravio mostró sangre en sus dos ojos, par señal de vengarlo, levantándose los muertos de sus sepulcros helados; que como entierran la vida, la que quisieron tomaron. Las cajas fueron las piedras unas con otras sonando, que era Cristo Capitán, y con cajas lo enterraron. Hizose el velo del templo, no sin causa, dos pedazos, para que hubiese bandera que llevasen arrastrando. No vinieron sacerdotes, aunque estaban consagrados, que, siendo Dios el difunto, no eran menester sufragios. El se llevaba la ofrenda, pan y vino soberano, la misa y el sacrificio que él consumió expirando. Iba su Madre detrás,

cen cada día los hijos de la luz. In hoc signo vincis.

Es símbolo de redención. Más acá de la Cruz, lágrimas, suspiros, obscuridad y tinieblas; detrás de la Cruz, á través de sus brazos se descubren los horizontes de la eterna felicidad. La Cruz nos ha salvado, porque en ella se pagó el precio de nuestro rescate. Ni la ciencia, ni las riquezas, ni la gloria salvarán; sólo salva la Cruz. «Lejos de mí—decía el Apóstol—el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo.»

Tales son los beneficios que nos reporta la Cruz. Amémosla. Cuanto más se la combata, más debemos defenderla; cuanto más se la insulte, más debemos honrarla; cuanto más se la olvide, más debemos exhibirla, ponerla en alto y adorarla, y donde quiera que se alee, saludémosla con el grito de triunfo con que la Iglesia la saluda: ¡Oh, Cruz, Ave Spes unica!

† EL CARDENAL CASCAJARES.

DESCRIPCION DE LA PERSONA de Nuestro Señor Jesucristo

Acercas de la persona, carácter y cualidades del Hijo de María, dirigió el consúl Lentulo al emperador Ocaviano una carta que fué hallada en los anales romanos, y traducida fielmente, dice así: «Léntulo á Octavio, salud. «En nuestros tiempos ha aparecido, y existe todavía, un hombre de gran virtud, llamado Jesús Cristo, y por las gentes Profeta de la verdad. Sus discípulos le apellidan Hijo de Dios, el cual resucita á los muertos y sana á los enfermos. Es de estatura alta, mas sin exceso; gallardo; su rostro venerable inspira amor y temor á los que le miran; sus cabellos son de color de ave llano madura y lasos, ó sea losos, casi hasta las orejas, pero desde estas un poco rizados

y un mozo, su primo hermano, que se le dejó por hijo en su testamento santo. Llegaron con el difunto, y la ballena del mármol recibió para tres días. Aquel Jonás sacrosanto. ¡Alma! La Virgen se vuelve; á acompañarla volvamos; pues con ella volveremos á verle resucitado.

LOPE DE VEGA.

La Cruz

Asombrosas escenas, tristes y dulces memorias, páginas de incomparable dolor y lecciones de inefable sabiduría, recuerda á los discípulos de Cristo la semana mayor, como la llama la Iglesia; semana de luto y de misterios.

Pero dominándolo todo, sintetizando ideas, enseñanzas y sentimientos, se alza en la imaginación del creyente el árbol que da frutos de vida eterna, el símbolo de las legítimas esperanzas y de las sólidas venturas, la Cruz; á ella se dirigen las miradas de la humanidad para escrutar los arcanos de la ciencia que salva, de la verdad que ilumina las inteligencias con una luz siempre clara, siempre viva, siempre pura; ella es la escuela donde se aprenden las lecciones consoladoras que nadie hasta Cristo supo dar; las lecciones del amor, que engendra el sacrificio, y á ella están vinculadas confortaciones que nos alientan, auxilios que fortalecen y la felicidad perdurable por la que el alma suspira.

La Cruz, objeto de terror porque sustentaba en sus brazos á viles malhechores, desde que Jesucristo la adoptó por su lecho de muerte es la clave que explica los problemas de la humanidad en sus relaciones, las más altas, con su último fin y su Criador. La Cruz ilumina y aclara todas las verdades. «Meditando al pié de la Cruz—decía el Doctor Angélico á San Buenaventura— aprendo lo que enseño después.» Con la Cruz todo se armoniza y se comprende, sin ese faro de divinos resplandores, todo es oscuridad y confusión; no hay más ciencia que los delirios de la mitología y la degradante moral del organismo.

Al pié del árbol de la redención, las inteligencias se inundan de luz y los corazones se abisman en el mar de los consuelos; allí el pecador que gime encuentra la generosidad del perdón; allí está el lienzo celestial que enjuga las lágrimas de los desgraciados; allí está el bálsamo divino que cura las heridas del alma, y allí está el lenitivo á todas las penas, á todas las amarguras.... En la Cruz, donde la inexorable justicia acumula sobre la frente de Jesucristo, vir doloris, todas las angustias de la raza de Adán, el dolor humano se trueca en dulcísima alegría, porque se eleva á Dios, que á su Dios va el alma purificada en el crisol de los sufrimientos.

La Cruz nos vigoriza para las buenas obras; nos alienta en la lucha y nos conduce al triunfo. Hubo un momento en que el mismo Salvador desfallece y suplica que no gusten sus labios tanta amargura; pero apenas descansa sobre sus hombros el pesado leño, el que flaqueaba como hombre sube al monte con las energías de la divinidad para el más cruento de los sacrificios. ¡Ejemplo elocuente de la fortaleza que comunica la Cruz al que la toma sobre sus hombros! A su sombra bendita pelearon y vencieron los mártires y anacoretas, con ese lábaro pelean y ven

Adorados la corona y llevados por una multitud entusiasta, la procesion vuelve á la iglesia, llevando un religioso el estafate de plata con la corona y clavos. Otros cuatro conducen la efigie, deteniéndose en la Piedra de la Unción, que se halla cubierta con una tela fina y sujeta con cuatro vasos de perfumes. Esvuelto el cuerpo en el sudario se le coloca en ella, desvaneciendo la cabeza en una almohada. El preste se arrodilla, le rocía de esencias, quemando incienso, mirra y aloes, y la procesion continúa hasta la Iglesia, donde se coloca la Santa efigie sobre el Santo Sepulcro. Esta estacion se llama de las Santas mujeres.

Dicha escena, que ninguna pluma acertará jamás á describir, produce sobre aquella multitud un efecto sorprendente que no podrá alcanzar las mayores galanuras de la oratoria. Durante la Semana Santa, los sacerdotes armenos se reúnen en el Santo Sepulcro, ocupándose día y noche en cortar infinitos pedazos de tela blanca del tamaño de una sábana, en los que escriben algunas palabras en caracteres armenios, tocándolos después al Santo Sepulcro.

Estas sábanas se venden con gran estimación á los peregrinos que acuden de todo el orbe á Jerusalén y que regresan á sus hogares más orgullosos con aquella humilde mortaja que con todos los tesoros de la tierra.

Para el peregrino que haya elevado su corazón á Dios en el Santo Sepulcro, aquel blanco sudario tocado á la tumba del Redentor del mundo será en la última hora una prenda de paz y redención.

de color de cera virgen y muy resplandecientes; desde los hombros, lisos y sencillos, partidos en medio de la cabeza, según el tumbre de los nazarenos. «La frente es llana y muy severa, sin menor arruga en la cara, agraciada por un agradable sonrosado. En su nariz y boca no hay imperfección alguna. Tiene la boca poblada, mas no larga, partida igualmente en medio, del mismo color que el cabello, sin vello alguno en lo demás del rostro, aspecto es sencilló y grave; los ojos parecen ó sean blancos y azules claros. Es terrible en el reprimir, suave y amable en el amenestar, alegre con gravedad. Jamás se le ha visto reír, pero llorar sí. La conformación de su cuerpo es sumamente perfecta; sus brazos y manos son muy agradables á la vista. En su conversacion es grave, y en último, es el más singular y modesto entre los hijos de los hombres.»

EL VIERNES SANTO EN JERUSALEN

Los padres franciscanos celebran el oficio de la mañana en el Calvario con las más bellas ceremonias, trasladándose de nuevo procesionalmente el Santísimo Sacramento desde el Santo Sepulcro hasta la iglesia.

Toda la comunidad, con el padre guardián á la cabeza, come de rodillas; y no se sirve más que pan, agua y algunas hojas de ensalada. En las tres y media los padres cantan, como en los días precedentes, el oficio de tinieblas, y á la caída de la tarde se celebra una función llamada de orientalismo, y de la cual no encontramos ejemplo en Europa.

Por medio de una bellísima figura de tamaño natural, cuya cabeza y miembro son flexibles, se prestan á todo movimiento, se representa la crucifixión y descendimiento, de una manera sorprendente.

Esta ceremonia se verifica entre una gran multitud de hombres, mujeres y niños, de todas las religiones, atraídos unos por la devoción y otros por la curiosidad.

A las seis se reúnen los padres en la capilla de la Virgen, llevand) en procesion el precioso crucifijo levantado en alto, y recitando el Stabat Mater y el Miserere.

La procesion se detiene en el altar de las Vestiduras, y más adelante en el de Improprios continuando después la marcha hasta la cima del Calvario.

Allí, clavando la cruz en el mismo sitio en que estuvo la verdadera, un religioso se dirige al pueblo con una tiernísima plática recordándole hasta los menores detalles de la pasión de Jesucristo.

Después de un cuarto de hora de profundo silencio, interrumpe tan solo por suspiros y lágrimas, uno de los padres sube á lo alto, quita de la angusta frente la corona de espinas, y arranca los clavos de los pies y manos de Jesús, en tanto que los demás sacerdotes sostienen con blanquísimos lienzos los descoyuntados brazos, verificándose el descendimiento en el mismo sitio y forma que el del Salvador.

Adorados la corona y llevados por una multitud entusiasta, la procesion vuelve á la iglesia, llevando un religioso el estafate de plata con la corona y clavos. Otros cuatro conducen la efigie, deteniéndose en la Piedra de la Unción, que se halla cubierta con una tela fina y sujeta con cuatro vasos de perfumes. Esvuelto el cuerpo en el sudario se le coloca en ella, desvaneciendo la cabeza en una almohada. El preste se arrodilla, le rocía de esencias, quemando incienso, mirra y aloes, y la procesion continúa hasta la Iglesia, donde se coloca la Santa efigie sobre el Santo Sepulcro. Esta estacion se llama de las Santas mujeres.

Dicha escena, que ninguna pluma acertará jamás á describir, produce sobre aquella multitud un efecto sorprendente que no podrá alcanzar las mayores galanuras de la oratoria.

Durante la Semana Santa, los sacerdotes armenos se reúnen en el Santo Sepulcro, ocupándose día y noche en cortar infinitos pedazos de tela blanca del tamaño de una sábana, en los que escriben algunas palabras en caracteres armenios, tocándolos después al Santo Sepulcro.

Estas sábanas se venden con gran estimación á los peregrinos que acuden de todo el orbe á Jerusalén y que regresan á sus hogares más orgullosos con aquella humilde mortaja que con todos los tesoros de la tierra.

Para el peregrino que haya elevado su corazón á Dios en el Santo Sepulcro, aquel blanco sudario tocado á la tumba del Redentor del mundo será en la última hora una prenda de paz y redención.

La Madre sola

«O vos omnes qui tentatis per viam: attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.» JER. L.

¡Alma de virgen de dolor transida! palma de madre de dolor pasada! ¡purísima cordera abandonada! ¡inocente paloma mal herida!

Ya su dulce Jesús perdió la vida y al pié llorando de la cruz postrada no aparta la suavísima mirada del árbol santo en que su amor anida.

Ya cumplió su profético destino la madre del dolor, de angustia llena: ¡Vosotros que pasáis por el camino, atended y mirad si alguna pena puede igualar al padecer divino del alma de la pobre Nazarena!

R. D. S.